



¿Dónde estaba Dios?

**Auschwitz:
Pensar la noche
para reencontrar
la esperanza**

Teodor Suau

EMAÚS 95

Pensar la esperanza en el seno del horror

¿Es posible sacudir la conciencia del mundo? J. Karsky descubre que la muerte no tiene nada de excepcional... Sobre todo descubre que lo peor no es la violencia, sino la banalidad de esta violencia. La que tiene lugar allí no le parece motivada por nada, ni por el deseo de hacer respetar la disciplina, ni por la voluntad de someter o de humillar. Karsky piensa que pertenece a lo que él denomina un "código": un código de una salvajada inaudita... al que los guardianes del campo se adaptan sin ni tan siquiera ser conscientes de ello.¹¹

El mal es un desafío para la teología y para la filoso-

11 Y. HAENEL, *Jan Karsky*, Barcelona 2010.

fia. ¿Significa esto una invitación a pensar menos, a dejar de pensar, o es una provocación para pensar más y mejor, incluso para pensar de otra manera?

Plantear el problema es poner en entredicho una forma de pensar sometida a la exigencia de coherencia lógica, es decir, de no contradicción y de totalidad sistemática... tal vez deben encontrarse razones que son tributarias de la acción y del sentimiento... Creer en Dios no tiene nada que ver con la necesidad de explicar el origen del sufrimiento".¹²

Se trata, recordemos, de pensar la posibilidad de la esperanza *en* el horror.

Pensar, que quiere decir captar la realidad en su momento de verdad: buscando aquello que oculta la ideología del Sistema. Lo cual no siempre resulta fácil, sobre todo porque el propio Sistema se preocupa de crear el máximo de dificultades a la percepción de la realidad que no le interesa. Hoy, entre nosotros, sólo el pensamiento que se somete a la coherencia lógica y que funciona a partir del principio de contradicción y de totalidad orgánica es presentado como único pensamiento que puede ser considerado pensamiento.

La naturaleza de los hechos aportados hasta el momento es de tal potencia reveladora de la realidad más real que nos obliga a buscar alternativas a la razón lógica y científica. Sin negarlas, en modo alguno. Sino enriqueciendo los resultados de la razón lógica y científica. Ampliando sus horizontes. Incorporando datos que provienen de otros ámbitos del conocimiento: la intuición, el deseo, la acción, el miedo, la rabia, la sensación, el sentimiento, el amor y la esperanza... para poder superar

12 P. RICOEUR, *El mal, un desafío a la filosofía y a la teología*, Buenos Aires 2007.

la separación sujeto-objeto y evidenciar la necesidad de una forma de comunión radical, única mediación de la verdad a escala humana.

Sufrimiento y conocimiento de la realidad

En este esfuerzo, hay que comenzar por una cuestión inicial: qué es lo que *revela* el sufrimiento.

Y entre todos los aspectos del sufrimiento, deberemos tener presente sobre todo el sufrimiento *padecido*: el que la persona que sufre experimenta por medio de su dolor. Aunque no pueda o no sepa expresarlo.

Ello nos conduce directamente a la *voz de las víctimas* como momento clave del pensamiento que nos proponemos desarrollar. Habrá que aprender a escuchar a las víctimas y a preguntarse qué hay de universal en su testimonio. Qué dice de su verdad. Qué dimensiones muestra de la vida y de la muerte.

Habrá, pues, que aprender a leer la realidad *desde las víctimas* si queremos encontrar el pensamiento que piensa la posibilidad de la esperanza en el horror. Será decisivo lo que las víctimas dicen. De tal modo que la *memoria* y el *testimonio* deberán constituir el punto de partida y la materia a pensar.

Del mismo modo que los muertos se encuentran entregados a nuestro recuerdo, así también es nuestro recuerdo la única ayuda que les ha quedado; en él han muerto, y si todo muerto se parece a alguien que ha sido exterminado por los vivos, así ciertamente también se parece a uno que estos deben salvar, sin saber si alguna vez lo conseguirán. El recuerdo apunta a la salvación de lo posible que no ha llegado a realizarse.¹³

13 T.W.ADORNO, *Marginalien zu Mahler*, G.S. 18,235.

En el proceso de escucha de la *memoria* hay que prestar atención, en primer lugar, a los *anunciadores del fuego*, a los *profetas*: reseguir la tradición de los que han intuido lo por venir, porque ya se estaba gestando. Con la finalidad de encontrar todo cuanto permite atravesar la corteza de la lógica dominante y llegar a constatar, bajo el adormecimiento del presente, las raíces que restan como condiciones objetivas del Mal que mata la esperanza.

El papel decisivo de la Memoria

La *Memoria* se distingue del *recuerdo*.

Recordar es recuperar o retener en la mente algo del pasado.

Memoria, mantener en el presente el significado de lo que comenzó en el pasado.

No es, pues, un ejercicio de rememoración (detalles, horrores, nombres, circunstancias, crónicas...) tendente a provocar el espanto y la conmiseración de los presentes, por ejemplo.

Es algo mucho más decisivo.

En el caso que nos ocupa, es sentirse responsable de la sangre derramada y querer encontrar la forma de que no vuelva a derramarse ni una sola gota más. Albert Camus ya dejó escrito que matar no conduce sino a seguir matando.

La memoria nace de la voluntad de buscar sin descanso ni concesiones las causas que provocaron la injusticia; de desvelar las complicidades que las hicieron posibles; de mostrar los intereses al servicio de los que se cometieron las brutalidades; de describir los mecanismos de cualquier clase que convirtieron a los contemporáneos en espectadores o en cómplices; de indagar sobre los

esquemas mentales que justificaron la banalidad del mal y mostrar sus raíces violentadoras de la vida.

En una palabra: negativamente, la memoria quiere que no retorne la pasada injusticia; positivamente, desvelar la verdad del mundo que ha asesinado la esperanza, para hacer posible una nueva *conciencia*. Se propone construir unas relaciones nuevas, fundamentadas en la voluntad decidida de que la vida sea cada vez más viva: más vida. La memoria de las víctimas opone a la voluntad de poder el derecho a la vida.

El silencio de las víctimas, exigencia de comunión

Aquí topamos con una contradicción: *la víctima no tiene voz*. No se le reconoce el derecho a hablar. Y si pudiera hacerlo, no sería escuchada, porque su palabra iría directamente en contra de la ideología hegemónica, que justifica la producción de las víctimas.

¿Cómo podemos pues escuchar la voz de las víctimas? Por medio del *testimonio*: de todo lo que nos puede proporcionar conocimiento, datos, material para ser contemplado, por lo que respecta a la circunstancia, a la situación y a los modos de ejercicio de la victimación.

De ahí la importancia del *testimonio*. Necesitamos que alguien cuente y nos cuente lo que ha pasado, lo que han pasado y lo que les han hecho pasar a las víctimas. Porque del silencio de la víctima nace la *responsabilidad absoluta* de todos respecto a la injusticia y al derecho de la víctima a ser reivindicada. Hay que buscar una justicia también para nuestros muertos. En caso contrario, no tenemos derecho a ninguna palabra sobre la víctima.

En este sentido, es importante retener que la mayoría de las víctimas *no disponen ni tan sólo del momento de libertad* que se supone para el martirio.

El sufrimiento, demasiado a menudo, llega por causas de las que la víctima ni es responsable ni ha escogido, sino que se ve inmersa en ellas a pesar suyo o sin posibilidad de huida. Es el caso del sufrimiento infligido por causa de la raza, religión, género, de la pertenencia a una nacionalidad, de haber perdido una batalla o una guerra... a causa de la necesidad. No tiene nada de romántico el hecho de ser perseguido. Ni es nada espectacular el hecho de sufrir victimación. Más bien todo lo contrario. El embrutecimiento, la pérdida de la dignidad, la destrucción lenta de la humanidad, la humillación de verse reducido o reducida a pura materia, sí forman parte, en cambio, al menos como posibilidad, de la condición de víctima. Debemos aprender a comulgar también con esta dimensión de la victimación. Y amarla, para extraer de ella sus consecuencias. Y desde el testimonio objetivo, llegar a la persona que sufre.

Sólo será posible si somos capaces de establecer el contacto de alma a alma *con las víctimas*. Y narrar entonces lo que de esta comunión ha emergido en nuestro propio interior. También hay que pensar esto. Sólo esta palabra será verdadera (dirá la realidad) a la hora de decir los efectos del Mal en el mundo: será la conciencia auténtica. Thomas Mann consideraba una obscenidad leer cualquier libro que hubiese pasado la censura nazi. Había entendido que todo pensador sólo puede comenzar a pensar en verdad cuando ha decidido su bando. Y sólo hay un bando de la dignidad: el de las víctimas. Demasiado a menudo hacemos de la equidistancia el criterio de la objetividad. Olvidamos que sólo la complicidad y la implicación con el débil son criterios hermenéuticos de transformación. Al margen de la víctima no hay verdad reivindicadora.

Los márgenes, lugar de la experiencia de la verdad del mundo

Finalmente, una última constatación: los *Márgenes*. Proporcionan el ámbito de la lectura del sentido de la vida y de la muerte, aportan el lugar donde sólo es posible pensar el Mal. Al fin y al cabo, porque los Márgenes son una forma de victimación presente, aunque escondida, que se perpetúa silenciosamente, sin ningún *glamour*, en el seno de todas las sociedades.

La contemplación, actitud de fondo ante el Mal en el mundo

Por ello, nuestro método conocerá un momento *contemplativo*: una actitud que se deja envolver por la experiencia que surgirá de la escucha del testimonio. Añadiremos al análisis estrictamente lógico el eco que tiene en nuestro interior lo que la víctima nos dice. Con mucho cuidado de no anteponer ninguna precomprensión nuestra. Sobre todo, deberemos dejarnos interpelar por su conmovedor silencio. Hasta que resuene con toda la fuerza la voz de las víctimas. Y hasta que aprendamos a escuchar antes de hablar. Y por supuesto, antes de juzgar.

Buscar aquello que el sufrimiento revela de nuestra humanidad; escuchar la voz de las víctimas; pensar la memoria y desentrañar el testimonio; desde los márgenes; con una actitud contemplativa que se deja absorber por lo que se quiere pensar y busca el eco en la propia personalidad del nombre de las víctimas, he aquí los ejes del pensamiento que piensa la esperanza en el mundo del sufrimiento y del horror. Y de la metodología que nos permitirá acercarnos a él.

Los hechos sobre los que se apoya el pensamiento de la esperanza

Ejercitemos ahora este pensamiento. Y busquemos, en primer lugar, el material que queremos contemplar: los hechos que debemos pensar según el método que nos hemos impuesto.

De entre todos los que la *memoria* y el *testimonio* aportan a nuestra contemplación, necesariamente debemos privilegiar aquellos que dejan más perplejo al pensador porque lo confrontan con la impotencia de la lógica.

Es decir: debemos centrarnos en aquellos acontecimientos que escapan a la lógica, sobre todo, a la lógica de los campos. Hechos imposibles, impensables, no previstos, inexplicables para los verdugos. Ni acabados de entender por los que posteriormente han pensado sobre los campos.

Innumerables, son cada uno de los nombres perdidos de todos aquellos que no salieron de los campos porque dejaron allá la vida y la dieron por sus hermanos de infortunio.

Son los miles que penetraron en los crematorios cantando el *Shemá*.

Son los niños que dibujaron mariposas en las paredes de los campos. Mariposas, porque en su dulce inconsciente, recordaban la belleza escondida en la fealdad del gusano que se arrastra por la tierra. E intuían que el precio de llegar a ser mariposa, coincidía con la voluntad de no reducir la mirada al gusano. Sino de verlo transformado por el crisol de la muerte. Transformado: no destruido ni acabado. Un milagro. Una gota de luz en el desierto del horror.

Fueron quienes mantuvieron la fe en su Dios, a pesar de todo, contra toda esperanza, tozudamente, sin otro fundamento que la fe misma:

Señor Dios mío: por mucho que te esfuerces, no vas a conseguir que yo abandone la fe de mis padres. Quiero morir y moriré con mi esperanza puesta en ti.

Son los nombres que antenemos celosamente guardados en el hondón de nuestra alma: Edith Stein, Etty Hyllesum, Maximilian Kolbe...

Éstos son los hechos que nos interesan. Despojados de toda interpretación. Hechos sin más. Indiscutibles en su desnudez. Están ahí. Sorprendentes, porque rompen los esquemas de la razón lógica. No estaba previsto que ocurrieran. Eran impropios de unos seres considerados no humanos, no personas. Son la prueba irreductible de una dignidad humana más firme que toda la violencia del *Sistema*. Y de sus horribles realizaciones. Nos sirven para ser pensados por el pensamiento que busca la esperanza en el seno del horror.

Un ejemplo particular de la actitud universal frente al Mal en el mundo

En el bolsillo de uno de los prisioneros gaseados fue encontrada una hoja de papel con estas palabras:

*Señor, cuando vengas con tu gloria,
no te acuerdes sólo de los hombres de buena voluntad.
Acuérdate también de los hombres de mala voluntad.
No te acuerdes, entonces, de sus crueldades,
de sus crueldades excesivas,
de sus violencias.
Acuérdate de los frutos que nos han traído
a causa de la paciencia de unos,
del coraje de otros,
de la camaradería, de la humildad,
de la grandeza del alma,*

*de la fidelidad que han despertado en nosotros.
Y haz, Señor,
que los frutos que nosotros hemos producido
sean un día su redención.*

A primera vista, un fundamento muy frágil para situarnos ante la enormidad que estamos tratando de contemplar. Podría decírsenos que carece de entidad suficiente para demostrar nada. Que no aporta nada a la reflexión. Porque es tan sólo un pobre deseo inútil, perdido en el desierto de la nada.

Miremos de contemplarlo más de cerca.

Si un prisionero del campo se desespera, si pierde la fe, si no puede superar el embrutecimiento y se convierte en un muerto viviente, incluso si se enfrenta a sus hermanos de infortunio para conseguir una gota más de vida, lo consideraremos muy lógico. Es lo normal. Nadie pondrá objeción alguna. Por respeto. Por compasión. Por simpatía. Ni se nos ocurrirá el más mínimo reproche contra la víctima que se ha visto sometida a un exceso de sufrimiento, más allá de su capacidad de dolor. Se añadiría al cúmulo de datos que comprueban y prueban que no hay lugar para la esperanza en el seno del Mal absoluto.

Pero –lo repetimos– es justamente en lo insólito donde se muestra la fuerza de la vida, en su voluntad de no dejarse encarcelar por la violencia del *Sistema*. En lo impensable se revela la dimensión inefable de la realidad, tergiversada por la falacia del *Código*. Ante lo insólito nos vemos impelidos a buscar el momento de universalidad nacido del hecho singular que rompe los esquemas mentales elaborados con tanto cuidado para mantener el *Sistema*.